Prólogo

Un elefante rojo en la habitación

LAURE VEGA

Ante la pregunta «¿A qué clase social diría usted que pertenece?», publicada en el barómetro del CIS de octubre de 2022, un 67,3 % de las personas respondía como de clase media y solo un 10,4 % se consideraba como clase trabajadora/obrera.

Estos datos no aportan ninguna información sobre la posición objetiva que ocupan los sujetos encuestados en el conjunto de la división social del trabajo, ni mucho menos sobre su relación con los medios de producción. Sabemos que la categoría «clase trabajadora» no depende ni de la voluntad de los sujetos ni de la opción ideológica –más o menos consciente– que se desprende de optar por clase trabajadora o clase media en una encuesta. Sin embargo, hay al menos dos aspectos que conviene destacar de estos datos.

El primero tiene que ver con la necesidad de entender que, en apenas unas décadas, la mitad de la población que se reconoce como de clase trabajadora ha descendido a

tan solo una décima parte del total. Esta es una cuestión suficientemente grave como para que ocupe una centralidad importante en la estrategia de la izquierda. Ya lo decía Margaret Thatcher: «la economía es el método, pero el objetivo es cambiar el alma». La destrucción de las formas de vida colectivas que constituyen la clase, como aprendimos de E.P. Thompson, son un factor crucial que integrar en la estrategia que definamos para llevar a cabo cada uno de los movimientos en nuestra práctica política[1]. Hemos de evitar, por todos los medios posibles, que se siga construyendo la clase trabajadora como un lugar del que escapar; construcción que se cimienta también en el cúmulo de productos culturales donde prácticamente las formas de vida alternativas al mercado de consumo no existen y el conflicto es sustituido. El motivo es, precisamente, la aceptación de la noción de clase media, cada vez más mansa, aunque habite pisos imposibles en el centro de metrópolis, harto hostiles para el grueso de quienes consumen estas narrativas. Del mismo modo, situar la clase social en el centro de nuestros análisis tiene que ver con desafiar la negativa de gran parte de la izquierda a comprender las diferentes mediaciones a través de las cuales se expresa la lucha de clases. Si aceptamos el corsé que impone la clase media en el plano subjetivo, entonces únicamente estaremos abonando el terreno para la disolución de la única categoría que nos permite entender nuestra posición en la jerarquía social. Si no atendemos a cuestiones como la cultura política, las

1 Thompson, E. P. (2012) [1963], *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Madrid, Capitán Swing.

distintas luchas, los intereses y formas de vida del conjunto de los trabajadores, obtendremos «una simple adición de unidades homónimas, como las patatas de un saco que forman un saco de patatas», tal y como describía con sorna Marx a la masa de campesinos de la nación francesa[2]. Por tanto, urge coser entre estas unidades para saltar del momento económico corporativo que analizaba Gramsci a un momento universal, donde la politización del malestar conjunto es capaz de postularse como propuesta.

Respecto al segundo motivo, y en relación con lo que atañe al libro que tienen entre manos, cabe preguntarnos si de esas opciones ubicadas mediante distintos grados en la clase media lo único a resaltar en nuestro análisis es una suerte de aspiración compartida. Dicho en otras palabras, ¿estamos ante individuos con un objetivo intangible, conseguir un determinado modo de vida asociado con el bienestar, el confort, el progreso, y el ideal individualista, o –con la deshonrosa excepción de la burguesía que intenta no parecerlo– nos encontramos ante individuos sin propiedad de los medios de producción que, pese a su heterogeneidad, mantienen unas condiciones materiales de vida y especialmente unos intereses de clase objetivos, comunes con el conjunto de la clase trabajadora?

Y es este mismo punto en la mera condición de individuos no poseedores de los medios de producción, aquello que resulta insuficiente a los autores de este manuscrito para explicar el papel desempeñado por las distintas

2 Marx, K. (2003), *El XVIII Brumario de Luis Bonaparte*, Alianza, Madrid, p. 161.

fracciones de clase en la reproducción del sistema capitalista, la totalidad de sus experiencias en los intercambios sociales y las formas de organización y participación política. Hay un elefante en la habitación, un tema que se comenta en los círculos activistas, pero que no se acostumbra a abordar de manera frontal desde la izquierda: existe una diferencia substancial entre que tu madre friegue suelos y que a tu madre se los frieguen mientras diseña edificios en su estudio de arquitectura. Y tampoco es lo mismo estar en un lado u otro de la mesa del despacho de un trabajador social cuando toca pedir dinero.

Es aquí donde la antología que aquí se presenta puede arrojar algo de luz. En ella, Barbara y John Ehrenreich desarrollan el concepto Professional-managerial class (Clase profesional-directiva, abreviado como PMC, por sus siglas en inglés). Sucintamente, esta sería una formación social específica surgida en la etapa monopolista del capitalismo, que estaría compuesta por trabajadores asalariados, mayormente intelectuales, y sería casi coextensiva a la obtención de estudios universitarios, cuya función principal en la división del trabajo puede describirse a grandes rasgos como la reproducción de la cultura y las relaciones de clase capitalistas. De este modo, la PMC estaría en contradicción con el capitalismo y, simultáneamente, con el resto de la clase trabajadora. Además, la PMC se encontraría presente de manera abrumadora entre los sectores de la izquierda, siendo estos sujetos quienes habrían sostenido, casi en exclusiva, los espacios de la PMC durante los momentos de repliegue político o de derrota política de las organizaciones.

Pero, en ningún caso, la utilidad de estos textos radica en convertir la PMC, o su alternativa más popular, «clase media», en un insulto, como desgraciadamente ha sucedido –pese a las lamentaciones de los autores– en Estados Unidos. Sí en que no tomemos las mismas salidas, reiteremos los mismos tics, repitamos la historia o tengamos que volver a usar la misma manida cita de El 18 de brumario de Luis Bonaparte sobre tragedias y farsas.

Tomándola por un momento, ¿sobre qué tragedias nos advierten los autores? Por un lado, la tendencia de la clase media de izquierdas a la romantización de la clase trabajadora, lo proletario como una esencia mística, y su consecuente deriva, presentar todo aquello que no suene suficientemente obrero o materialista como una desviación provocada por la clase media. «¡Los trabajadores queremos el pan, nada de rosas pequeñoburguesas!», parecen decirnos estas voces. Por otro lado, pero partiendo de una misma visión reduccionista, encontraríamos la demonización, menosprecio y condescendencia hacia la clase trabajadora, la glorificación de la educación reglada como única vía para la adquisición de conocimientos y la constitución de fronteras insalvables entre individuos explotados.

Muchas hemos estado en contacto con versiones más o menos pronunciadas de la experiencia narrada en el párrafo anterior. En los espacios donde participan los hijos de trabajadores manuales que avistaron la posibilidad de acceder a la educación superior, no han faltado las miradas, entre cómplices y de sorpresa, al descubrir que aquellos compañeros –de militancia, de activismo,

de sindicato, de facultad– que encarnaban casi dolorosamente lo que identificamos como clase media, pretenden ahora culpar de todos los males a (aguanten el aliento) la clase media. Y lo hacían definiendo a esta clase como pequeñoburguesa, postmoderna, woke, queer o culturalista. Estas posiciones hacen gala de cierto elitismo, de mirada bastante estrecha, donde la clase trabajadora, por una suerte de incapacidad para el pensamiento abstracto, sería incapaz de comprender nada más allá de la esfera productiva ni interesarse por algo que no fuera material. Relegando toda cuestión, salvo «la clase», estas mismas clases medias terminan por hacer del comunismo y de la clase misma una identidad monolítica que necesitan, casi a modo de terapia psicológica o de hábito antropológico, para negar su propia condición de clase media. Presentan a la clase trabajadora, no como una relación, sino como una persona que es –únicamente, en toda circunstancia, llueva o nieve, solo y únicamente– una persona obrera. No queda claro como ellos –y solo ellos– han sido capaces de sortear las dinámicas de clase media de las que hablan y erigirse como vanguardia proletaria.

También podríamos hablar, por supuesto, de la otra cara de la misma moneda. Espacios donde el tono es paternalista y condescendiente, cristalizando así las diferencias como insalvables. Al conceptualizar como sujeto universal a esta suerte de clase media, en su proclamación como interseccional, interseccionarían y atenderían a cualquier cuestión menos a la clase, relegándola a los lugares de trabajo y despojándola del concepto del sentido (siempre vinculado a la clase) aportado por el Combahee River Collective y sus

desarrollos posteriores, como el feminismo Negro. Así, en un extraño acuerdo con aquellos interesados en enarbolar lo que Gómez Villar llama «la ficción de un proletariado reaccionario», acabarían codificando las luchas políticas relacionadas con la raza, la sexualidad y el género como ajenas a la clase trabajadora para unos y culturales para otros[3]. De esta forma, por omisión o por acción, reifican la identidad blanca y masculina como paradigma dominante y le otorgan el estatus de algo neutral.

A estas alturas resulta evidente señalar que estas posiciones cierran los ojos a la realidad: hoy y siempre, la clase trabajadora es diversa y, en el siglo xxi, mayoritariamente no es ni blanca ni masculina. Siguiendo el argumento de los Ehrenreich, la práctica de estos movimientos derivaría en una miopía incapaz de ver que los intereses del conjunto de los trabajadores explotados son fundamentalmente antagónicos a los de la clase capitalista y que, por lo tanto, las alianzas son necesarias para subvertir las condiciones de vida del proletariado. Es por ello que los autores de los textos contenidos en esta antología hablan de dos tendencias, aquella que romantiza lo obrero y la que acabaría por ser antiobrera, y que representa cierta forma de tecnocracia. En su versión más suave, esta tendencia apuesta por la substitución de la gestión capitalista por otra más científica y experta, que igualmente obvie la contradicción capital-

3 Gómez-Villar, A. (2022), *Los olvidados, ficción de un proletariado reaccionario*, Bellaterra, Barcelona.

trabajo, pero que resuelva lo que consideran tics erróneos de la sociedad, como la corrupción, el machismo o el racismo. En sus versiones más voraces, el radicalismo antiobrero se aproxima a la subsunción de la política por la gestión: la tecnocracia sobrevuela cíclicamente el debate político. Sea como fuere, tanto la versión tecnocrática como la nueva identidad obrerista parten del mismo esencialismo, aunque derivando en expresiones políticas distintas. Y, sin embargo, donde queremos ir a parar es precisamente a que esas diferencias no tienen nada que ver con una suerte de ruptura absoluta entre PMC y el resto de la clase trabajadora. La potencia radica, contrariamente, en la unidad de acción de la heterogeneidad. Como apuntaba Cliff al recuperar el texto de Lenin, buscamos un sujeto popular

> que sabe reaccionar ante toda manifestación de arbitrariedad y de opresión, dondequiera que se produzca y cualquiera que sea el sector o la clase social que afecte; que sabe englobar todas estas manifestaciones en un cuadro único de brutalidad policial y explotación capitalista; que sabe aprovechar el hecho más pequeño para exponer ante todos sus convicciones socialistas y sus reivindicaciones democráticas[4].

Nos referimos a la vertiente política de cierta intuición, de las posibilidades de superar el momento presente

4 Cliff, T. (2011), *Lenin. La construcción del partido*, El Viejo Topo, Madrid, p. 106.

en una alianza capaz de descartar esencialismos y reconocer diferencias, de trabajar en pro de una articulación común capaz de conquistar una libertad negada que no sea puramente formal, sino que asegure, como sentenció Marx en la Crítica del programa de Gotha, que todo individuo puede vivir sin permiso de nadie, escriben los autores de esta antología.

Notas breves sobre la antología

Llegados a este punto, quisiera hacer un aviso a navegantes: no compartiendo que la PMC sea una clase en el sentido absoluto que el marxismo ha teorizado, sino más bien una fracción de la clase trabajadora, los textos de los Ehrenreich siguen resultando de interés y, sobre todo, útiles para comprender un fenómeno que es compartido a la hora de alrededor de la conceptualización de la contradicción entre la PMC y el resto de la clase trabajadora. Es importante tanto que su papel fundamental tiene lugar en la reproducción del capitalismo y de las formas de dominación (como el que ejercen las figuras de «encargado» o, de una forma diferente, los cuerpos de seguridad del estado), como las interacciones entre las distintas fracciones de la clase trabajadora y en la composición de clase de muchas organizaciones de izquierdas, especialmente en sus direcciones. Prueba de ello es la vida política de ambos autores.

John Ehrenreich, profesor de psicología en la Universidad Estatal de Nueva York, ha trabajado el ámbito de la psicología clínica para las organizaciones humanitarias, especialmente en el ámbito internacional.

Publicó en 2016 su último libro, *Third Wave Capitalism: How Money, Power, and the Pursuit of Self-Interest Have Imperiled the American Dream*, donde aborda la fase más reciente del capitalismo en Estados Unidos y las contradicciones entre las expectativas o configuraciones sociales y la realidad material del grueso poblacional.

Barbara Ehrenreich, quien falleció el pasado 1 de septiembre de 2022, se doctoró en biología por la Universidad Rockefeller de Nueva York, pero renunció a la investigación en su campo para centrar su trabajo, por un lado, en el ámbito sanitario y, por el otro, en el análisis de las condiciones materiales de las diferentes clases sociales y la composición de estas. Entre sus textos destacan *Por cuatro duros*, donde se sumerge en primera persona en las duras condiciones laborales asociadas a los trabajos peor remunerados, demostrando la imposibilidad del «Hazte a ti mismo», o *Bait and Switch: The (Futile) Pursuit of the American Dream*, dónde explora el mundo de los desempleados de cuello blanco y los miedos e inseguridades que afloran cuando se desploman sus horizontes vitales.

Si bien trabajos posteriores de Barbara son una continuación de lo aquí esbozado, para esta antología aquello que resulta realmente relevante de su biografía es que ambos autores eran militantes. El impulso –y el potencial– de estos textos no radica tanto en el ámbito del conocimiento académico, sino en su afán de intervención sobre una izquierda de la cual formaban parte. Veteranos del movimiento contra la guerra de Vietnam, parte de la New Left, y de diferentes espacios de activismo interraciales relacionados con los servicios públicos y la lucha por la

emancipación de la mujer, su objetivo no era tanto establecer una suerte de categoría que se citase profusamente en sucesivos trabajos ajenos, sino arrojar luz sobre una problemática que consideraban de relevancia en sus espacios de militancia y, con ello, intervenir en la realidad de los movimientos.

Partiendo de la experiencia del aislamiento y derrota de las luchas anticapitalistas y antiimperialistas ocurridas a mediados del siglo xx, e intentando esclarecer el papel de una clase media (mayoritaria en la izquierda estadounidense) y la brecha de esta con la clase obrera tradicional, causada tanto por acción propia como por los intentos de los capitalistas por separarlas y reclutar más apoyos a su causa y existencia, ambos autores escriben sobre la PMC, que incluiría grupos como científicos, ingenieros, profesores, trabajadores sociales o gerentes. Estos se encontraría en una posición de doble contradicción. De un lado, contra el capitalismo, por su condición de asalariados y por su ética profesional y vocación de servicio público, que chocan frontalmente con las dinámicas del capitalismo. De otro, por su función principal de reproducción del sistema y mediación –cuando no de dominación o disciplina– de los trabajadores.

De esta manera, los Ehrenreich pretenden desarrollar un marco que permita abordar tanto la importancia que ha tenido la clase media en la izquierda de los Estados Unidos como el problema endémico de una izquierda que, desvinculada de la clase obrera, tiende a aspirar a reformas sociales marginales. Dotaron así de elementos de análisis a una intuición compartida en el seno de la izquierda sobre

su propia composición de clase que, en sus propias palabras, «carece incluso de los términos con los que describir la situación y, mucho menos, de la estrategia para superarla».

Para ello, comienzan con una crítica –que en la práctica y en perspectiva se configuraría como un paréntesis de cien años– a los análisis marxistas clásicos que postulan la idea de que, en el desarrollo del capitalismo, la sucesiva proletarización de la pequeña burguesía daría paso a una confrontación entre dos únicas clases antagónicas: el proletariado y la burguesía. Consideran que, frente a la seria posibilidad de una insurrección de la clase trabajadora, cuando el desarrollo y acumulación del capitalismo generó un excedente social suficiente para sostener no solo a la burguesía, sino también a nuevos estratos esencialmente no productivos, se abrió la posibilidad del surgimiento de esta clase especializada. Esto no se daría de manera determinista, sino que se trataría de una lectura sobre una coyuntura concreta. La PMC resultaría necesaria para la clase capitalista por su función en la apropiación de formas culturales, de gestión y conocimiento de la producción obreras y para el mantenimiento del orden, junto con grados relativos de violencia estatal episódica. La amplia reorganización de la vida de la clase trabajadora con nuevos dispositivos de control social y substitución tanto de habilidades productivas por procesos técnicos segmentados como de su cultura autónoma por cultura de masas permitiría, entre finales del siglo XIX y principios del XX, la incorporación de los hijos de una suerte de «clase media más antigua [compuesta por] hijos

de empresarios, profesionales independientes, agricultores, etc. que temían por su propia extinción» en el despliegue del capitalismo. John y Barbara sostienen que lo que desde gran parte del análisis marxista se leyó como proletarización, se trataba en realidad de la expansión de esta clase.

La razón principal que esgrimen para no considerar la PMC un estrato de la clase trabajadora, sino una clase derivada de un momento concreto del desarrollo capitalista, es su relación antagónica con el resto, precisamente, de la clase trabajadora. Según los Ehrenreich, «los intereses de clase objetivos de la PMC residen en el derrocamiento de la clase capitalista, pero no en el triunfo de la clase obrera; y sus actitudes reales a menudo mezclan la hostilidad hacia la clase capitalista con el elitismo hacia la clase obrera». De esta manera no se definirían solo por la posición que ocupan con relación a la división social del trabajo, el control sobre el acceso a los medios de producción y el grado de apropiación de excedente del producto social; sino también, en palabras de Olin Wright, por la que ocupan en el mapa coyuntural concreto que se ocupa del modo en que los individuos desarrollan su existencia[5].

En ese sentido, la forma de autoorganización característica de la PMC es la profesión, que debe vehicular sus propias aspiraciones individuales como universales a través de la justificación que proporciona la misma profesión, como si los miembros de la misma fueran constituyentes de un sujeto casi neutral, situado por encima

5 Olin Wright, E. (1998), *Clases*, Siglo XXI, Madrid.

de las propias necesidades y con capacidad de enunciar un bien mayor fuera del espectro ideológico. Los argumentos distintivos de la PMC serían la adquisición de conocimientos especializados mediante una formación extensiva, así como un código ético impregnado del ideal del servicio público y autonomía respecto a la valoración o injerencia externa del propio desempeño profesional. Esto explica el crecimiento de los colegios profesionales y la manera en que han suplantado el papel de los sindicatos en numerosas negociaciones laborales. De hecho, en la actualidad también vemos muestras de cómo usan las herramientas de clase propias de los sindicatos, como las convocatorias de huelga.

No es de extrañar que sobre la base de este tipo de forma organizativa exista, en este grupo social, una enorme tendencia a definirse basándose en la profesión, como si las horas desempeñadas en el ámbito laboral fueran decisivas respecto a las horas destinadas al ocio o al consumo. Esta práctica deriva en la permeabilidad a las formas de activismo de las «prácticas éticas» de estos grupos, comúnmente de carácter individual y con la correspondiente culpa moral derivada. Por ejemplo, los movimientos centrados en los hábitos de consumo presentados como ejemplo de lucha ecologista. Pero esta no sería la única forma en que las prácticas de la PMC afectan a la esfera de la vida privada.

Basándose en diferentes estudios, los Ehrenreich sostienen que, además de la tendencia a contraer matrimonio con los miembros de la misma clase, la descendencia de estas familias tiene más del doble de posibilidades de acceder a los trabajos de la PMC

que la descendencia de la clase trabajadora. Esto es, la reproducción de la clase es un tema crucial dado que, a diferencia de la burguesía, esta no es hereditaria. El hijo de un ingeniero tiene más posibilidades de cursar estudios con éxito, pero no de tener un trabajo asegurado en la PMC. Este proceso de pérdida de un horizonte similar a la de las generaciones pasadas también explica algunos de los giros hacia una visión unidimensional de la clase obrera, su romantización y la manera en que se obvian otras categorías. Y ello ocurre, precisamente, pese a que la mayor parte de la carga de reproducción de la «clase profesional-directiva» recaería en las mujeres de la misma, que deben ocuparse de proporcionar las mejores condiciones sociales en la crianza: estimulación del estudio, entorno confortable, etc.

Siguiendo este argumento, y pese a que las diferencias entre los Estados Unidos de América y el Estado español son notables, la Encuesta de Población Activa de 2020 reflejaba, en su apartado sobre explotación de las variables educativas, que la tasa de abandono escolar prematuro es del 39,2 % para aquellos cuya madre ha adquirido como máximo la Educación Primaria y del 3,6 % para quienes son hijos o hijas de quien cursó estudios superiores. ¡Once veces más! En efecto, ello abre un abismo para toda la vida a la más temprana edad, un ascensor social roto, como también muestran los datos aportados por el informe de la OCDE de 2019, donde aquellos nacidos en una familia con bajos ingresos requieren de cuatro generaciones (120 años) para alcanzar una posición en la «clase profesional-directiva».

La falta de seguridad en la reproducción de la PMC y su tendencia a confiar en la especialización proporcionan, paradójicamente, condiciones para la expansión de esta clase a través de la creación de profesionales o expertos en diferentes ámbitos de la crianza, la educación y la autorrealización. A su vez, la constitución de la PMC como paradigma de lo universal, no solo desde las aspiraciones de la propia clase, sino también a través de las políticas, discursos y representación en las diferentes esferas sociales –en la tendencia poco novedosa de mostrar la «clase media» como un dispositivo catch all (atrápalo todo) aparentemente despolitizado– sitúa unos estándares de buena vida profundamente asociados a la práctica y hábitos relacionados con la mercantilización del conocimiento que impone la PMC.

Por eso, también resulta interesante recoger el proceso de radicalización y desclasamiento que sufrió la PMC. En sus momentos álgidos, sus reformas se encontraron con una burguesía que luchaba por no ver menoscabados sus intereses. En estos periodos, se siguió manteniendo cierto elitismo –en forma de desprecio moral– hacia la clase trabajadora, pero se agudizaron las posiciones anticapitalistas. En cierto modo, así también se abrió una brecha real entre la PMC de izquierdas y la PMC más afín al mantenimiento del *status quo*.

En primer lugar, como explican los Ehrenreich, el principio de acceso de hijos de obreros cualificados y no cualificados a la universidad, que veían a la PMC con cierta hostilidad, lo cual no solo propició el contacto entre activistas procedentes de diferentes realidades y la

expansión de luchas, especialmente contra la Guerra de Vietnam, sino que también abrió un cisma interno de la PMC en clave generacional.

En segundo lugar, el contacto entre estudiantes y la izquierda radical negra fue determinante, especialmente con la militancia en el Partido de las Panteras Negras. Las salidas profesionales de la PMC estaban íntimamente relacionadas con los barrios urbanos donde estos se articulaban, como lo habían estado con la migración blanca anteriormente. El ejército de trabajadores sociales, maestros, psicólogos y otras profesiones, destinadas al servicio, pero también a la dominación y reproducción del sistema capitalista, se daba de bruces con las demandas de «control comunitario», el «Todo el poder para el pueblo» de los Panteras. De un modo similar, si bien el feminismo de los sesenta no se desligaba de la cuestión de clase, (de hecho también se vinculaba a organizaciones comunistas o socialistas) en las siguientes décadas el feminismo en el que la PMC ejerció de vanguardia (y que relegaba las cuestiones de clase) se topó contra el feminismo radical negro por tener este segundo unos objetivos mucho más cercanos a las barriadas obreras, como apuntan brevemente los Ehrenreich.

Sin embargo, y como ya sabemos, esto no supuso ningún tipo de victoria para la clase trabajadora. Los ataques de la burguesía y de la parte de la PMC, que quería seguir conservando su situación, contra aquellos que pretendían un proceso de desclasamiento hacia abajo, fue atroz. Especialmente basados en la ridiculización de sus propuestas, esta ofensiva conseguiría calar no solo en las filas de la

misma PMC, sino también entre la clase trabajadora que, en su experiencia cotidiana, experimentaba la humillación y la fiscalización de una manera más directa a manos de la PMC que de los propios capitalistas. La culpa cubrió su praxis como el alquitrán que es y las salidas que enarboló la PMC, como relatan los Ehrenreich, fueron dos: o bien intentos de desmitificar las profesiones y acercar el conocimiento a los usuarios de estas, o bien la vuelta a la construcción de un partido obrero que, en su intento de desmarcarse de su propia clase, instaba a sus miembros a proletarizarse (sic).

¿Sigue siendo válido el concepto «clase profesional-directiva»?

Lo que sigue, como se acostumbra a decir, es historia. La crisis capitalista de los años setenta, lejos de ser una oportunidad, significó el inicio de lo que identificamos como el ciclo neoliberal. Este se caracterizó por la expansión de los flujos financieros y especulativos (siguiendo la tendencia establecida en 1944 con Bretton Woods) y del comercio mundial, así como por momentos de crisis o choque relativamente próximos en términos temporales, producto de la bajada de la tasa de ganancia que deriva de la crisis de sobreproducción, donde el excedente de capital no podía reproducirse de manera ampliada. Se estableció así el divorcio real entre la economía productiva y la financiera. El estándar de vida prometido resultó imposible y el endeudamiento de las familias se volvió la norma. En el Estado

español, el efecto más flagrante fue el relacionado con el acceso a la vivienda a través de los mercados hipotecarios.

En la gran crisis de este ciclo capitalista, la que comprende el período 2008-2007, podemos leer una suerte de réplica suave de algunos elementos narrados en la antología de los Ehrenreich. Las medidas de austeridad económicas, las externalizaciones y las modificaciones normativas sociolaborales han cronificado la precariedad de la población y del sector público, normalizando una situación de quiebra continuada y equilibrio catastrófico. Se inició un ciclo de protestas populares internacional que se expresó de diferentes formas, pero que tenía en común la reclamación de la soberanía popular, la mejora de las condiciones de vida y la impugnación de los sistemas locales de democracia. En este sentido, los diferentes movimientos y luchas que se desarrollaron en este ciclo generaron acercamientos y tensiones entre la PMC y la clase trabajadora tradicional que, a su vez, veía cómo desaparecieron sus lugares de trabajo y con ellos cualquier posibilidad de alcanzar cierta estabilidad, así como el sueño (que fue brevemente cumplido) de que sus hijos cursaran estudios superiores. También existieron tensiones entre la PMC no afianzada y la vieja PMC, especialmente aquella más próxima a espacios de poder, que se sumara con alegría a la ridiculización, por todos los medios posibles, de las formas de solidaridad y lucha que llevaba a cabo la clase burguesa. ¿Cuántas veces hemos oído aquello de perroflautas-hijos-de-papá sobre quienes ponían el cuerpo para parar desahucios? ¿Cuántas veces han ridiculizado

hasta la extenuación propuestas políticas como la Renda Básica Universal tachándola de paguita para vagos?

Los Ehrenreich analizaron el nacimiento y caída de un grupo social cuya existencia en los Estados Unidos de América ha sido de aproximadamente cien años. Un grupo demográfico no es una clase y los estudios superiores ya no serían coextensivos a la PMC. La devaluación de gran cantidad de profesiones, la dificultad de conseguir con ellas un salario suficiente para vivir, las múltiples formas de explotación que van desde las profesiones más creativas a la enseñanza universitaria hacen correr a estos trabajadores, cuando no existen soportes económicos, familiares o hereditarios previos, el mismo destino que sufrieron los trabajadores manuales anteriormente. Los descendientes de estos trabajadores –especializados o no– son también desplazados del desarrollo profesional-intelectual a través de diferentes mecanismos que pueden ir desde la dificultad de acceso a determinados círculos a las imposibilidades de alargar el período de estudio sin compatibilizarlo con el trabajo (en Gran Bretaña y en EUA desde hace una década se han recortado el número de facultades vinculadas a humanidades, artes y ciencias sociales con estudiantado de extracción trabajadora), siendo sus opciones hacia carreras profesionales con salidas directas al mundo laboral. Esta también es una historia que conocemos de sobra. La precariedad ya no está reñida con los estudios superiores. Las posibilidades, ya no de ascenso social, sino de mera permanencia sin caer por el barranco, se perciben como mínimas entre buena parte de la población. No existen oportunidades ni horizontes de salida individual

si no existen previamente por ingresos y propiedades relacionadas con su núcleo familiar.

Como en EUA, no, no se pudo y, sin embargo, hay espacio para la esperanza siempre y cuándo no nos empeñemos en cometer los mismos errores. Aunque el esquema de dispositivos culturales dominante se empeñe en esconderlo, en las ciudades que habitamos existe lo que Lazzarato identifica como el «tercer mundo dentro de la metrópoli», en tanto que su designación no se refiere a un lugar geográfico, sino a una situación de exclusión y posición relacional[6]. Entendiendo la raza como la sistematización de características físicas o sociales arbitrarias para diferenciar grupos humanos y asignarles una determinada posición en la jerarquía social, es urgente evitar que las formas cruzadas de control, condescendencia y paternalismo que los Ehrenreich describen en la relación PMC-Clase trabajadora se sigan reproduciendo hacia los condenados del sistema capitalista en su fase actual. No creo que sea necesario un alarde de datos para demostrar que el capitalismo, a través de las plataformas tecnológicas, está explotando a aquellos que no tienen «derecho al derecho», y lo hace a menudo a través de usuarios que comparten condición de asalariados[7].

Tenía razón Cedric Johnson, los Panteras Negras no están aquí para salvarnos, pero la exigencia de «Todo el poder para el pueblo» debe mantenerse viva y a salvo de

6 Lazzarato, M. (2020), *El capital odia a todo el mundo*, Eterna Cadencia, Buenos Aires.

7 Arendt, H. (2006), *Los orígenes del totalitarismo*, Alianza, Madrid.

quienes intentan instrumentalizar las causas más nobles entre aquellos que corremos la misma suerte bajo el capital, como han sido los intentos de la extrema derecha, a través del «femonacionalismo», contra la población musulmana[8]. Será también necesario renunciar a las tendencias identitarias y corporativas que disfrazan de diálogo lo que son en realidad: soliloquios. Debemos salir del castillo del vampiro que, como decía Fisher, nos mantiene aislados en una lógica solipsista donde no podríamos comprendernos mutuamente a menos que pertenezcamos al mismo grupo de identidad. Solo así seremos capaces de unir a todos aquellos que, como asalariados, necesitan el permiso de otros para vivir.

Ahora bien, esta unidad no puede construirse en abstracto, como una consigna vacía de significado. Ya lo anunciaban los Ehrenreich «el antagonismo entre la PMC y la clase obrera no puede ser eliminado en nombre de la unidad anticapitalista, como tampoco puede serlo, por ejemplo, el antagonismo entre hombres y mujeres, o entre blancos y negros». Nos va la vida en revelar, a través de la práctica, el común denominador de cada lucha, incorporando así la contradicción capital-trabajo en todas las latitudes de acción. El resto no es sino una suerte de balsa de la medusa donde devorarnos entre aquellos que no somos dueños de nuestro destino. Esta es la única forma de aprovechar las enseñanzas de los grandes teóricos y teóricas que nos precedieron. A modo

8 Farris, S. (2021), *En nombre de los derechos de las mujeres*, Traficantes de sueños, Madrid

de ejemplo, Beverly Silver narraba como parecería que industrias como la automovilística parecían perseguir una fuerza de trabajo barata y disciplinada alrededor del globo y, sin embargo, veían cómo se recreaban movimientos obreros en cada ubicación que escogían[9]. Desde Sudáfrica, donde la segunda generación de trabajadores organizados resistió el *apartheid* y dotó de fuerza a la COSATU, hasta Brasil, donde el nuevo proletariado configuró la espina dorsal de la militancia obrera.

Requerimos tanto de la importancia del deseo como generador de un «principio de esperanza»[10], como de una reapropiación de lo que es «clase trabajadora». Si el concepto de hombre significaba «un individuo libre en un mundo de esclavos y descendientes de esclavos, un individuo blanco por ser europeo o de origen europeo, varón con pocas excepciones y propietario las más de las veces»[11] y, sin embargo, las consignas que se postularon a su alrededor, como libertad, igualdad y fraternidad, fueron apropiadas en la lucha por la abolición de la esclavitud[12], venimos planteando entonces que desde el reconocimiento de la heterogeneidad existente en la sociedad, la nueva configuración y representación de la clase trabajadora

9 Silver, B. (2005), *Fuerzas de trabajo*, Akal, Madrid.

10 Bloch, E. (1979) [1954], *El principio de esperanza*, Vol. I, Aguilar, Madrid.

11 Fradera, J. (2015), *La nación imperial. Derechos, representación y ciudadanía en los imperios de Gran Bretaña, Francia, España y Estados Unidos (1750-1918)*, Edhasa, Barcelona.

12 James, C.L.R. (2011) [1938], *Los Jacobinos Negros*, CLACSO, Buenos Aires.

debe saber sintetizar la complejización de la lucha de clases atendiendo a todas las formas de explotación y dominación. Incluyéndose necesariamente las luchas anti-patriarcales, descoloniales y ecologistas, entendiendo el capitalismo como un sistema basado en la acumulación incesante de capital que despliega un amplio repertorio de estrategias políticas (y no solo económicas) para la apropiación del trabajo reproductivo, la expropiación de los suelos comunales, el expolio de los bienes naturales, que requiere del trabajo esclavo y de un sinfín de prácticas violentas más.[13] Solo entendiendo el capitalismo de manera extendida, reconociendo la lucha de clases como una batalla que requiere de una visión más compleja y diversa, podremos construir un horizonte de emancipación y evitar que, literalmente, los capitalistas exclamen «después de mí, el diluvio».[14]

Como respondió en una ocasión Barbara Ehrenreich: «Sí, hay una guerra de clases. Es una guerra iniciada por una de las clases, y ya es hora de que los demás nos movilicemos para hacer frente a los agresores».

Barcelona, enero, 2023

13 Moore, J. W. (2020), *El Capitalismo en la trama de la vida: ecología y acumulación de capital,* Traficantes de Sueños, Madrid.

14 Marx, K. (2017) [1867], *El Capital*, Siglo XXI, Madrid.